

2013

La lentitud del cojo

María Antoineta Flores

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Flores, María Antoineta (April 2013) "La lentitud del cojo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77, Article 15.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss77/15>

This Ensayos Testimoniales is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

LA LENTITUD DEL COJO

María Antonieta Flores

*E*scribo con miedo porque las palabras no alcanzan a arropar la realidad, porque en estos últimos años se ha abusado largamente de las palabras. Escribo con miedo porque la agresión y el señalamiento son actos cotidianos. Escribo con fracturas, porque el entorno está fracturado. Escribo con convencimiento porque he vivido, he mirado, he reflexionado desde el silencio del crisol. Escribo.

Ante la insuficiencia de la mirada y de la palabra, escribo dejándome acompañar por el miedo y por esta piedra lisa, rodada, que coloco en la balanza para que los fieles se equilibren. Es ese el deseo: el equilibrio.

I

He querido comenzar invocando el miedo que nos habita pues es una emoción que inmoviliza pero que también moviliza, como bien lo señala López-Pedraza: “puede que se convierta en la emoción proveedora de energía para la transformación y crecimiento” (“El monoteísmo” 84). Afirmación que tiene mucho sentido sobre todo si se vincula con la relación de opuestos complementarios que le da Wole Soyinka a la dignidad y el miedo: “El ambiente mundial de miedo debe mucho a la devaluación o negación de la dignidad en el cruce de comunidades, ...” (Soyinka 111) y añade que: “La dignidad es sencillamente otra cara de la libertad y, por ende, el anverso del poder y de la dominación, ese eje de la relación humana que es también sostenido por el miedo: sus polos están condenados a seguir en conflicto permanente, pero a complementarse mutuamente” (Soyinka 115).

A partir de esa convivencia entre el miedo y la dignidad, me interesa destacar dos aspectos del contexto nacional. El primero, el lenguaje y la escisión, pues ambos están enlazados de manera trágica. El segundo, el uso de las redes sociales para la legitimación narcisística del autor, no para la proyección de la literatura venezolana en el ámbito nacional e internacional.

Estos son temas que me preocupan mucho porque creo que ambos aspectos rompen el cordón o la cadena de la tradición literaria y me inquieta la percepción de la literatura venezolana en el futuro. Se sabe que la literatura oficial es un discurso que puede permearse, que admite lecturas e incorporaciones tardías y justas (y también injustas), pero cuando el discurso de la literatura oficial es dominado por una directriz hegemónica o por una norma rígida, la percepción integral de la literatura nacional puede verse distorsionada como ya se ha observado en otras regiones. Las mutilaciones y negaciones siempre arrojan a la incompletitud, dejan profundos sentimientos de pérdida en el inconsciente colectivo.

2

La lentitud del cojo. Tomada por esta imagen que convoca múltiples lecturas, pienso en cómo expresar con mesura mi percepción de la situación actual de la literatura venezolana y de la figura del escritor en el contexto de la cultura nacional. En estos momentos, el movimiento visceral o pasional debe trabajarse en pos de convertirlo en una respiración lenta, en un inspirar y expirar con lucidez. No es tiempo para negar las emociones sino para transformarlas. No es tiempo para la inocencia y menos para la evasión, es tiempo para la sospecha, el desencanto, la duda. Certezas, hay. Pero, cuando el mundo se divide tajantemente en dos, el terreno se vuelve inestable, propenso al derrumbe, la brecha que se abre todo lo traga, tan variable en los sucesos, tan sembrado de negaciones, tan parcializado que aparece la negación y la invisibilidad del otro porque no hay que olvidar que

La premisa básica del sectarismo es la siguiente: Yo y el grupo de personas a las que pertenezco somos mejores y tenemos propósitos de más valía que las personas que no pertenecen a este grupo, las cuales están equivocadas y por lo tanto pertenecen al bando equivocado. (López-Pedraza, “La psicología” 139)

Ante este ambiente enfocado en el poder, donde conviven el sectarismo, el miedo, la manipulación de los vocablos y las voces impostadas, no dejan de hacerme un guiño nuestros Tío Tigre y Tío Conejo, arquetipos ancestrales de la venezolanidad: el primero, del poder; el segundo, de la astucia para burlarlo. No es esa velocidad interior la que me interesa. Es una astucia de lo inmediato la que utiliza Tío Conejo, astucia para resolver el día a día. Pero el escritor, sin dejar de lado su condición de ciudadano que debe resolver el día a día con un muy afilado Tío Conejo, debe

plantearse otra astucia, otra manera de resolver a través de la palabra.

De manera muy admirable –permítaseme la ironía-, hemos sido arrojados a la cotidianidad de las llamadas necesidades básicas, al “resuelve”, a hacer de lo reflexivo una reacción, no me refiero a la respuesta inmediata que se puede dar gracias al *background* desarrollado con los años, sino a esa reacción que se aleja del pensamiento y de la sensibilidad, que se remata con una palabra de las que se califican de groseras por expresivas, porque no hay otra manera de nombrar la emoción... Es el clima del desencuentro, es el clima del enfrentamiento. La violencia callejera y política, la violencia cotidiana, la de la intimidad, todas cohabitando. Es un tiempo de quebrantamientos, de fracturas, de rendijas.

Ante esto, la lentitud.

Hay que invocar la lentitud, no la pasividad.

3

La lentitud del cojo se me constela con dos imágenes arquetipales de los Arcanos Mayores: El Loco y El Ermitaño, y con dos arquetipos que J. M. Coetzee menciona en su ensayo sobre Breyten Breytenbach, poeta surafricano, quien define la identidad africana desde dos fuerzas arquetipales: el nómada y el bastardo.¹

El cojo como figura regente bajo la cual cobijo el loco, el ermitaño, el nómada y el bastardo, remite a la falta, a la pérdida. El cojo tiene una herida que le impide caminar con el ritmo normal, con el paso firme, y esa herida física es expresión de una herida interior, aspecto confirmado por el simbolismo que posee el pie al asociarlo con el alma. Por ello, Aquiles tiene su punto débil en el tobillo y muere al ser herido allí; Edipo cojea y ya sabemos su tragedia; Hefesto, el dios cojo, trabaja los metales con maestría y está casado con la energía de Afrodita, madre de Eros, y sufre por tal unión. El cojo recuerda a Quirón, el centauro herido que cura. Así como la palabra poética tiene poder, es balsámica y cura tanto desde la herida y el dolor insoportable de su portador como desde la palabra de aquel que puede decir o escribir su lastimadura.

La imagen del cojo y su lentitud ofrece tres vertientes que deben ser revisadas: la primera, el respeto a la condición diferente, ajena a la perfección trazada por un patrón de poder hegemónico y de belleza; la segunda, la lentitud como el ritmo que marca el paso; la tercera, la cojera como herida física producto de un enfrentamiento espiritual o interior. Estas vertientes, todas contraculturales en la sociedad actual, son tratadas con un falso ropaje de tolerancia. La sociedad presente exige una perfección imposible, y el escritor a través de su palabra, debe denunciar esa fantasía y esa imposición, exponer la falla, la dolencia, el desperfecto, el daño, lo humano. Así como desde su discurso, de forma directa o metafórica, denuncia la injusticia, la violencia, el maltrato, debe escribir la lastimadura de la escisión, del intento de invisibilizar al otro. Más allá que

negarlo, invisibilizarlo.

Alguien puede cojear ya no por razones estructurales, sino porque el terreno es de relieve tortuoso, quebradizo, resbaloso. Es esta otra razón para asirme a esta imagen para reflexionar sobre el escritor venezolano. Nadie duda que la situación nacional ofrece un camino con desniveles, rupturas, baches, y que el habla refleja claramente la escisión, el odio y la violencia a través un discurso altamente volátil donde predomina más el parecer que el ser, para recordar el viejo señalamiento de Todorov. Un día, una palabra se carga de un sentido que se inclina hacia un extremo; al siguiente, la misma palabra amanece cargada de otro sentido para el otro extremo, esto se observa claramente en las redes sociales por la velocidad que las caracteriza. En una sociedad altamente polarizada, indignada, maltratada, atenta ante un enemigo porque así han sido puestas las fichas en el tablero, *arrecha* por los efectos del ejercicio político en la vida cotidiana, se esperan “reacciones”²² inmediatas de los escritores, artistas o personas con relevancia cultural o pública. Y muchas veces reaccionan. Pues es territorio de oferta y demanda.

El escritor camina sobre un terreno que le exige pulso y tensión, sobretodo si debe mantener el equilibrio, invocar la voz de la paz, de la emoción digerida y transformada. Es esta una coyuntura que, al margen de las heridas cotidianas, del agobio, de los ataques e insultos, es un invaluable lugar para la prueba.

Se puede trazar un circuito de la literatura venezolana del s. XXI que va del escritor encerrado en su torre de las esfinges o en medio de una tertulia lunática, evocando a Herrera y Reissig, al escritor que al sentirse borrado por un discurso político hegemónico busca desesperadamente una presencia pública como autor, como voz.

Entre esos dos extremos, el escritor lento con su cojera sigue insistiendo con su herida interior ante la realidad que lo asalta con violencias ante su apuesta por una vida libre de compraventas políticas, aun a sabiendas de que puede ser acusado de apoyar una posición ajena a su manera de ver el mundo, a sabiendas de que acusaciones y ataques lo esperan en estos días en una sociedad y en un quehacer cultural polarizado y maniqueísta... aunque se guarden apariencias y se crucen los puentes de vez en vez, no sin recibir ataques, acusaciones o insultos.

Frente a esto, surgen una serie de estrategias de acción y de sobrevivencia, con las más no estoy de acuerdo pero puedo comprenderlas.

Lecturas públicas constantes, uso de las redes sociales, publicaciones digitales, autopromoción, el “quítatetúpaponemeyo”, la sobreexposición pública como acto para la constatación de la existencia, no es solo un síntoma del narcisismo del siglo XXI, hay en ello un horror al silencio, una angustia frente a la negación, un temor a ser silenciado. Y esto puedo comprenderlo.

La sociedad venezolana escindida, polarizada, rajada de raíz, se ha convertido en un territorio muy árido. La inseguridad, la violencia verbal y física, el resentimiento, la inflación, la pérdida de la calidad de vida, han creado un escenario muy volátil. El siglo XXI ha sido para el entorno nacional un tiempo

de deterioros humanos, y el arte da cuenta de ello con distancia y pulso en el mejor caso; visceralmente, en el peor. Se está ante un camino muy desnivelado marcado por la angustia de perder lo logrado o la angustia de haber perdido posibilidades o logros, la angustia de obtener un lugar en el mundo literario por vía de una posición política. La incondicionalidad no puede ser la elección del escritor.

A los dolores colectivos, sociales o culturales, algunos escritores suman el dolor de ser postergados; otros, el de silenciar a sus pares o a sus predecesores por razones políticas y no literarias. Otros, el de la vigilancia y acusación. Todos somos sospechosos. Este es un momento herido y que tardará en encontrar sanación si algo así puede esperarse al final de todo.

La coexistencia de dos discursos literarios con dos canales de expresión distintos es una realidad que no se puede negar ni suturar. Los intentos de diálogo literario entre ambos extremos han dado saldos negativos.

El respeto es una de las necesidades éticas que hay que defender en la Venezuela actual. La retórica del insulto dominando los discursos cotidianos en claro reflejo de la imposición del discurso político que descalifica, calumnia, miente, extrema las ideas y usa las palabras como guantes de látex desechables, nos ha colocado frente a un cambio de la norma culta del español venezolano que ha incorporado la grosería, el insulto en situaciones de habla formal y ha dotado el lenguaje de una condición quebradiza: un día, una palabra nombra algo; al siguiente, arroja otro sentido y todo marcado por el uso que se le da en el ámbito político. La ligereza en el trato del lenguaje ya habita en la literatura; la amenaza, también.

Caro se paga el intento del equilibrio. Caro se paga el silencio como atenta observancia de los hechos en pos de la distancia. Ambas actitudes reciben acusaciones de uno y otro extremo.

4

Otra arista de la situación, es la escritura como un acto marcado por la banalidad y la frivolidad. En unos casos, impostada; en otros, es lo que hay. Muchos de quienes luchan por un espacio público, participan activamente en eventos y lecturas públicas, poseen escasas lecturas y referencias de los poetas que conforman su tradición. Mucho, en parte por la falta de reedición; mucho, en parte por la concepción de la escritura instantánea y de microondas, ajena a referentes y regodeada en el lugar común. La prisa por publicar o por ser reconocido como escritor sin haber publicado en papel³—fenómeno mundial—, la negación de los escritores que los preceden muy a un estilo *American Psycho*, la mitomanía en torno a un escritor difunto —otra variante de la apropiación—, la prepotencia de saberlo todo gracias a una conformación de la psiquis según estructuras clonadas de los videos juegos por sus usuarios, la superficialidad del

exceso de información y la condición vanagloriosa de *multitasking*, dotan a la literatura emergente de una configuración donde el autor es más importante que la obra. Y si se edita en papel, puede resultar que el autor dé más importancia a la editorial que a su propia obra. El prestigio del otro define. Apariencias y protagonismo.

5

El tiempo escanciado, el *tempo* interno, el trabajo y la revisión descansan en la balanza de las pérdidas. La presión exterior es un ahogo. Es simple: si no publicas, no existes. Pareciera que más importante que la obra, es el momento de la presentación, la posible entrevista, la nota o reseña en papel o en digital que el mismo autor se encargará de colocar en su propio blog, en su perfil de Facebook o en su cuenta de Twitter.⁴ Nunca como en estos diez últimos años he escuchado expresada verbalmente la fantasía de hacer dinero o de vivir de la literatura en un país donde esto no es posible. Hay una ilusión, una nube de infundios gravitando sobre el ego y en sus posibles logros a través de la publicación.

Si bien como usuaria de las redes sociales, comprendo su mecanismo y dinámica, su utilidad democrática para que el escritor tenga un lugar al margen del poder y el hecho de que gracias a ellas han surgido los autores *indie*, veo cómo pueden fagocitar a un autor y desecharlo bien mascadito y todavía ilusionado sin darse cuenta de lo que pasó.

Todo esto contribuye a un ensueño, no solo la nube se refiere al espacio virtual donde se pueden almacenar datos. Se cree en el valor de los me gusta en *Facebook* o los retweets o favs en *Twitter*, o en la publicación de un poema en el blog de un escritor amigo como señales aprobatorias y legitimadoras de la condición de escritor. Todo muy rápido, todo muy ansioso, todo muy angustiado. Pero frente a esta situación que podría sonar alarmista y no lo es, pues es algo que está sucediendo, hay autores jóvenes que mantienen contacto con la tradición, con el rigor y con la lentitud de la escritura, y escritores en general, que no han claudicado ante el “aire de época” y las presiones precisas que marcan la dinámica literaria nacional y la virtual.

Críticas actuales a la literatura de fines del siglo XX y a las del siglo XXI, hay que leerlas con cuidado pues la intención política de destruir o silenciar los discursos anteriores por considerarlos ajenos a un determinado programa ideológico, priman muchos juicios. Igualmente, la intención mediática de destacar un grupo o a autores afines, ya por intereses grupales o individuales, es señal de que la desconfianza es buena compañera y que la crítica literaria al igual que lo que se puede llamar comentario literario, están cruzados por intereses.⁵

Por eso me gusta la lentitud, ir con paso lento. Una exigencia interior, una exigencia de la poesía. Cultivar la lentitud,⁶ vivirla. El paso lento, permite mirar

con profundidad e interrogantes, hurgar en los detalles.

Aunque el mundo se mueva a velocidad web, puede recurrirse a la mirada *bullet time*.

Es una obligación detenerse, cavar un espacio interior ante tanto desaguisado, ante la manipulación de los hechos y de las palabras. Detenerse y no dejarse arrastrar por el instante. El poeta no puede ni debe dejarse arrastrar por el instante, no puede ni debe responder de inmediato, debe dejar que palabra e imagen reposen. Si se responde a una agresión, a una injusticia, a un hecho de manera mediata, eso no debe instantáneamente hacer eco en la palabra poética. Es como la masa con levadura, hay que dejar que con la temperatura justa tome la forma y el aroma adecuado para que el calor del horno le dé su sabor definitivo.

Hay muchas injusticias, mucha violencia, mucha manipulación. ¿Debe el poeta dejarse convertir en muchedumbre acrítica o debe mantenerse como un temblor expectante, que aguarde no sin dolor, no sin angustia, pero que sea la espera necesaria, la espera que transforme? Hay que esperar la alquimia del tiempo, hay que esperar que los sabores se maceren en el alcohol, hay que dejar que la palabra fermente en el dolor.

Sostener el horror, la ira o el quiebre, quizás la celebración, la solidaridad, el odio. Deslindar los discursos, ponerse a salvo. Que el poema emerja prístino, limpio.

Estos aspectos, incómodos en la cultura del siglo XXI, se convierten en exigencias.

La espera no es indiferencia. El poeta es ciudadano activo pero debe conocer la contención.

6

El escritor necesita la lentitud de su cojera y de *slow hands* para escribir, revisar y publicar.

Y ahora puede verse ese caminar guiado por la lentitud del cojo y cómo esa imagen se mueve de El Loco a El Ermitaño, y del nómada al bastardo, pues en fin son maneras de concebirse escritor al margen de los parámetros consumistas y mediáticos.⁷

¿Se puede escapar? No. Toca la danza de estar y no estar, de no ahogarse completamente, de mirar con profundidad, del difícil logro del equilibrio.

Estos son los retos. Siempre lo han sido.

NOTAS

1 Para Nichols El Loco y El Ermitaño son dos arcanos que se vinculan con el *puer* y el *senex*, sus búsquedas están marcadas por ritmos diferentes pero los une el movimiento hacia algo. El nómada y el bastardo tienen en común el desarraigo y el no reconocimiento. El cojo y estos arquetipos sufren de la deslegitimación de su entorno y eso determina de alguna manera sus acciones y la búsqueda de legitimidad en su comunidad.

2 Uso este término que se ha mal incorporado al habla periodística, porque es exacto en su remitir a lo visceral, a lo corporal de una respuesta y no a lo sensible reflexivo que sería lo esperable.

3 Escribo esto a sabiendas de la preponderancia que el libro electrónico y la autopublicación están tomando hoy en día, pero la publicación en papel posee una larga tradición y un prestigio que perduran.

4 Aunque observación de *outsider*, no es un yo acuso, pues también utilizo las redes sociales a conciencia.

5 Se sabe que siempre ha sido así, que los mecanismos de exaltación, los panegíricos, la degradación de autores, discursos y movimientos definen la historia de la literatura universal, pero hay que destacar el grado de intensidad y de descaro que está alcanzando en esta época.

6 La lentitud, lo sé, es actualmente un movimiento que surge en la primera década del siglo XXI como respuesta contracultural a lo *fast*, y su punta de iceberg es el movimiento *Slow food*. Un texto ilustrativo de esto es *Elogio de la lentitud* de Carl Honoré, Barcelona: RBA Libros, 2006. Sin embargo, la lentitud es una categoría y visión de mundo muy antigua, es del orden de los monasterios, de la clausura, del templo, tanto del mundo oriental como occidental, y del placer.

7 El conflicto está en no querer ser cojo ni lento ni loco ni ermitaño ni nómada ni bastardo, y lanzarse desesperadamente a la búsqueda de una legitimación que borre toda esa bastardía constelada en estos arquetipos. Al escritor le toca, a veces y bajo ciertas circunstancias, ser bastardo porque el padre –la sociedad- no lo reconoce al no acogerse a sus parámetros. Pero, ¿no es esta acaso la condición del escritor, del poeta?, aunque aspire a ser legitimado, aunque lo sea en algunas circunstancias...

OBRAS CITADAS

Coetzee, J. M. “Las memorias de Breyten Breytenbach”. *Costas extrañas. Ensayos 1986-1999*. Caracas: Random House Mondadori, 2006. 301-314. Impreso.

López-Pedraza, Rafael. “La psicología del sectarismo en tiempos de ansiedad”. *Ansiedad Cultural*. 2ª ed. Caracas: Festina Lente, 2000. 139-158. Impreso.

---. "El monoteísmo en Occidente". *Sobre héroes y poetas*. Caracas: Festina Lente, 2002. 69-92. Impreso.

Nichols, Sallie. *Jung y el Tarot. Un viaje arquetípico*. Barcelona: Editorial Kairós, 1988. Impreso.

Soyinka, Wole. *Clima de miedo*. Barcelona: Tusquets Editores, 2007. Impreso.